

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECCION DE FRANCISCO-MARIO BISTAGNA

Enseñanza, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A.

AMOR DE PADRE

Conmovedora novela. Interpretada por el
formidable artista LON CHANEY y la
«deliciosa «estrella» NORMA SHEAREN,
secundados por

WILLIAM HAINES. En el rôle de Augusto
CLAIRE MAC DOWELL «Kathia»
JAN KEITH «Lara»
DAVID TORRENCE «don Eric»
etc.

PRODUCCION

METRO-GOLDWYN PICTURES

CONCESIONARIA:

METRO-GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 226 - Barcelona

*Prohibida la
reproducción*

*Revisado por
la censura*

AMOR DE PADRE

ARGUMENTO DE LA PELICULA

No se crea, al leer el título de esta novela, que se pretende presentar, para oponerlo a cuanto se ha escrito acerca del amor maternal, el cariño que un padre puede sentir hacia sus hijos.

No. Nada de eso. Por mucho que haga un padre, no igualará jamás a la compañera que ha puesto en peligro su vida para dar al mundo el fruto santo de sus entrañas y que sabe cumplir en todo momento su divina misión.

Un matrimonio aspira a la ilusión suprema de tener hijos. Si; porque el verdadero amor es el que crea. Si los tiene, el marido y la mujer concentran todas sus energías en procurar la dicha de los retoños. Se sacrifica, si es preciso, el padre, para que no falte el pan en el hogar; pero siempre, indiscutiblemente, la esposa buena, que es el ama, el alma y el corazón de la familia es la

que lleva la peor parte en las desdichas y en las miserias, porque ella es, y ese es su mayor orgullo y su fuerza, la dulce esclava que se resigna y sabe consolar...

No, no pretendemos comparar el amor paterno al amor materno.

Sólo queremos poner de manifiesto, con un ejemplo de piedad incomparable, las excelencias que puede contener el corazón de un hombre.

RAYO DE SOL

Cuando al padre de Katrina le hubieron depositado en su última morada, la huérfana, que quedaba sola en el mundo, regresó llena de amargura por el último adiós a tan querido ser y presa de temores viendo en el mañana las más negras incertidumbres.

A su lado iba Jan, un mozo del lugar que estaba siempre a disposición de los que necesitaban buenas manos y buena voluntad para humedecer y hacer fructificar la tierra con el sudor de su frente, por módico jornal.

Katrina y Jan se habían mirado algunas veces con singular simpatía, y no era de extrañar que el mozo participase sinceramente de la pena que experimentaba la infeliz.

En el hogar, que parecía asociarse con su silencio y su triste aspecto a la dolorosa realidad, unos parientes lejanos comentaban la situación en que quedaba la sin amparo.

—Si nosotros pudiéramos... pero el producto de nuestras tierras es tan menguado...

—Ese es nuestro caso también... Los tiempos están mal...

—No le quedará otra solución a Katrina que emplearse en cualquier granja para lo que sea...

—Sí... No vemos otro camino para ella...

Katrina opinaba en sus profundas reflexiones lo mismo que sus parientes. Sabía que ninguno de ellos le ofrecería de buen grado el cobijo de su techo ni el alimento de su pan. Pero estaba decidida a todo. Afortunadamente, su padre no la había abandonado en edad temprana. Era ya una mujer y podía luchar para ganarse el sustento.

Jan se había entregado asimismo a graves meditaciones, y, en un impulso de decisión, aceptó la idea de tender su noble mano a la pobre Katrina.

Anochecía. Los parientes de la huérfana fueron despidiéndose, y todos dejáronle entrever en sus frases de condolencia que no le podían ofrecer otra cosa que consejos.

Jan no pudo dejar sola a Katrina. Permaneció

cieron los dos unos momentos en absoluto mutismo, mirándose furtivamente de vez en vez, y cuando ella, al ocultar su rostro en sus manos, para verter más lágrimas a la memoria del adorado desaparecido, se olvidó de que él seguía allí, unido a su aflicción, Jan se le aproximó en silencio; y al hallarse a un paso suyo la tocó suavemente en un brazo.

—Katrina...

—¿Quién es?... ¡Oh, Jan!... Ya ves cuán desgraciada soy.

—No llores, Katrina... Yo... si tú quisieras...

—Mañana tendré que abandonar esta casa...

—No, Katrina, no... Yo estoy aquí... y mis brazos y mi afecto...

Ella comprendió, y por toda respuesta dejó caer en una mano de Jan unas lágrimas de gratitud...

Katrina y Jan se casaron, esforzándose ambos en sacar de las tierras que tenían arrendadas, provecho bastante para vivir.

Habían pasado algunos años, y las cosechas, de año en año peores, los habían reducido a una existencia de excesiva labor y reducidísima recompensa.

Desde que amanecía el día hasta que el faro celeste se hundía en las montañas, sus cuerpos cur-

vábanse, como en eterna reverencia, hacia el enigmático suelo.

Trabajaban penosamente, sin dirigirse, durante horas enteras, la palabra, para no expresarse, aun inconscientemente, su mal humor.

Ella pulaba del arado, prendida una cuerda en sus hombros, y Jan guiaba la cuchilla, jadeantes y sudorosos.

De vez en cuando deteníanse para tomar ligero descanso, y sin mediar entre ellos una palabra, resumbían luego la ruda tarea.



De vez en cuando deteniéndose para tomar ligero descanso...

Esa vida era atroz para los dos por igual; pero Jan, menos resignado que Katrina, maldecía de su suerte, agriándose cada día más su carácter, hasta el punto de volverse huracán, reduciéndose a una especie de ser sin alma, consagrado únicamente a trabajar sin reposo, comer con escasez y dormir.

Katrina sufría por el cambio operado en Jan y por el continuo fracaso de sus desvelos por ahuyentar el ave negra del desconuelo que había desplegado sus alas sobre el hogar antes feliz.

Un día, Katrina experimentó la inefable sensación de que iba a ser madre... pero desde ese día en la casa hubo más tristeza que nunca.

—Pero, Jan... ¿no estás contento?—le preguntó amorosamente la esposa—. Tendremos un hijo, un hijo, ¿verdad?

Jan la apartó con irrepresible brusquedad y dijo con enojo:

—Sí, un hijo. No éramos aún bastante desdichados.

Y a medida que iban pasando los meses y el plazo del acontecimiento se aproximaba, era más acentuada la rudeza de Jan.

Katrina observaba atentamente a su marido. Nadie le conocía como ella. El no era malo; no lo fué nunca; no lo podría ser. Y él, sin quererlo, ponía de manifiesto, muchas veces, como

destellos de luz en las tinieblas, sus buenos sentimientos, cuando en la mesa, a la hora de la comida, reducía de *motu proprio* su ración de manteca y pan, pensando en el hijo que había de nacer...

Ella le dijo una de las veces que le sorprendió en la disminución de su acostumbrado alimento:

—¿Por qué no comes más, Jan?

El no osó mirarla, y agitando en su silla, como para manifestar su violencia, repuso:

—¿Y me lo preguntas? Pero será cuando llegue *etc...*

Y así llegó.

Era de noche. Llovía copiosamente. En la casita, iluminada por una lámpara de petróleo, el ser esperado acababa de llegar al mundo. Unos vagidos interrumpieron la ansiedad de las dos mujeres que le dieron la bienvenida; la madre, sublimizada por el milagro, y una buena mujer, que se había prestado a ayudar a su vecina,

Jan no estaba allí, con ellas, sino en la cuadra, donde, simultáneamente al nacimiento de su hijo, había nacido una ternera. Este suceso le llenó de alegría, y con cuidados insuperables envolvía al animalillo en una manta, para resguardarlo del frío.

De súbito abrióse la puerta de los establos y apareció ante Jan la caritativa vecina, que, una

vez arropada la criatura y colocada en una improvisada cuna junto al fuego, había salido de la casa para llevarle la fausta noticia de su paternidad.

Jan volvióse airado hacia la puerta al recibir en pleno rostro el soplo del aire enfurecido que había entrado por la misma, y gritóle a la vecina al tiempo que estrechaba contra sí a la ternerrilla:

—¡Cierra la puerta!

La buena mujer, asustada, acató la exigencia, y luego, recuperando su jovialidad, dijo a Jan:

—¡Tienes una hija!

Al parecer, él no se inmutó, no pensando sino en los cuidados que requería la ternerrilla, y por todo comentario murmuró:

—Una boca más que mantener.

—¡Bah! Cuando la veas no pensarás lo mismo. ¿Vienes conmigo?

—¡No! Déjame en paz. ¿No ves que no puedo moverme?

—No tardes. Katrina te espera impaciente. Tienes una mujer muy valerosa. ¡Ea, hasta ahora, que la niña y la madre deben necesitarme! Aníla, termina pronto.

La atrevida vecina subió a escape de la cuadra, para volver al lado de Katrina y la niña; y Jan, al quedar solo, condujo solícitamente la terne-

rilla junto a su madre y colocó el morrillo en sus plétóricas ubres.

La ternera, estremecida de gozo al transmitir sus poderosas energías vitales a su propio fruto, no se movió lo más mínimo, adoptando desde un principio la postura que consideró más cómoda para facilitar su nutrición.

El tierno animal estaba en la gloria acariciado por el blanco jugo y el calor de su madre, dando gusto verle saciarse a sus anchas en tan generosas fuentes.

Jan, enternecido por la inefable escena, recordó que en su hogar había habido otro acontecimiento, y salió del establo, después de asegurarse de que la ternerrilla no necesitaba ya de él.

Involuntariamente, al salir, dejó abierta la puerta, y retrocediendo presuroso, la cerró, sin poder explicarse cómo había podido ser él el que había dejado la puerta abierta.

Empezaba a estar desconcertado. Era innegable que en la precipitación de acudir a su hogar había llegado a olvidarse de la ternerrilla, y Jan no podía concebir tal distracción, toda vez que el animalillo representaba algo de futuro provecho, mientras que lo que le esperaba en su casa...

A pesar de todo, Jan tenía deseos de ver a la recién nacida; pero se resistía a celebrar su llegada al mundo. Estaba convencido, o se em-

peñaba en estarlo, de que la niña sería un estorbo, un objeto de preocupación... y nada más.

En el hogar, la esposa y la vecina hablaban de Jan.

—¿No has oído la puerta de la cuadra, Katrina?

—Sí, Mariana... Debe ser él...

—¿Lo ves? Ya te dije yo que vendría...

—Jan, es bueno, pero muy extraño. Antes de nacer, se lamentaba ya de tener un hijo... ¿Qué me dirá, Mariana?

—Desde hoy ya no estás sola, Katrina. Ese cuerpecito tan pequeño que duerme ahí, será, en adelante, tu mayor fuerza. Esos bracitos tan frágiles te defenderán contra todo, porque no hay mayor poder en el mundo que el que se atribuye un hijo.

Las pisadas de Jan oyéronse distintamente en la casita, pues sus pies, al hundirse en la enlodada tierra, levantaban un rumor semejante a martillazos a la pasta en la amasadera.

Calláronse las dos mujeres y esperaron ansiosamente la aparición de Jan.

Abrióse bruscamente la puerta, y Jan avanzó hasta el centro de la habitación, gruñendo, no atreviéndose a levantar su vista del suelo, para no ver donde estaba su hija. Quedó inmóvil.

La vecina, imitando de Jan lo que hizo en la

cuadra cuando ella entró, no por imitarle, sino porque la realidad reclamaba que lo hiciera, cubrió con su cuerpo la cunilla de la criatura, pues la puerta estaba abierta; y gritó, como él también:

—¡Cierra esa puerta!

Jan, sin darse prisa, aproximóse a la puerta, la cerró, y, siempre la vista fija en el suelo, fué a sentarse luego frente a la mesa, de espalda a la habitación en la cual Katrina, desde su lecho, le contemplaba...

La vecina llamó a Jan.

—Ven... ¿No quieres ver a la niña?

—No... Ya la veré... Habrá tiempo de sobra...

—¡Es un tesoro, Jan! Ven, que parece que desea verte...

—No gastes saliva... Ya la veré, te he dicho... y ya la veré.

—Vamos, Jan, vamos... Es tu hija... Ya que tú no quieres venir a verla, ella irá a verte... en mis brazos.

—Te pones pesada, Mariana...

—Soy vieja, Jan, y las abuelas... Mira, ya está aquí tu alegría...

—Mi alegría... buena está mi alegría...

—Sí, tu alegría, Jan, y no discutamos. Ahí tienes a tu hija, sobre tus rodillas. Si no la quieres,

tendrás que tomarte la molestia de levantarte de la silla y llevarla a su cunita.

Katrina, haciendo un esfuerzo para incorporarse ligeramente, asistía, casi sin respirar, a la prueba por que pasaba Jan, mientras la vecina, desde la cunita, esperaba el milagro que lograría la niña.

Jan sentía sobre sus piernas el suave peso de su hija, envuelta en calurosas ropas. ¿Por qué se la habían dejado allí? ¿Por qué no se la quitaban? ¿Por qué había nacido?

No la había mirado aún. No quería mirarla. Sería, sin duda, fea, por haber nacido sin alegría...

Poco a poco la mano que le quedaba libre—pues con la otra había tomado la precaución de evitar que la niña pudiese caer de sus rodillas, extendiéndola a lo largo de las ropas que la abrigan—, fué descubriendo su rostro de ángel, y sus ojos posáronse, al fin, en el tesoro palpitante.

La dulzura de la niña, su carita lechosa, sus labios humedecidos de continuo por una lengua chiquita y rosada, y sus ojitos que, sin verle, parecía que le sonrieran, ¡oh!, todo, en fin!, se le metió dentro del alma a Jan, que transformóse súbitamente, pasando de la resistencia a la esclavitud

más hermosa para un hombre: el amor de padre.

La causa estaba ganada por la niña. Katrina se consideraba feliz, y la vecina, viendo a Jan tan triunfante, acercósele sobre la punta de los pies, para no estorbarle, y le dijo de sopetón:

—¿Qué... es feilla?

Jan la apartó con un codo, para que nadie se acercase a su chica, que era suya, que no era de nadie más.

—¡Calla, Mariana! Mira a mi hija. Más hermosa que ella no la hay. Y tiene el hoyuelo de su padre en la barbilla, y cuando mueve los labios se parece a mí cuando murmuro. ¡Ay, qué graciosa!

—Simpatiquilla, nada más que simpatiquilla...

—¡Oh, Mariana! No te burles. ¿No has sentido a veces que querías a alguien tanto que parecía que el corazón se te iba a salir del pecho?

—Sí, Jan, sí, tienes motivo para considerarte dichoso. Ya no tendrás penas, porque tu hija, eso que no parece nada, dará fuerzas a tus fuerzas, voluntad a tu voluntad, y hallarás en sus balbuceos, en sus miradas, consuelo cuando estés triste, y sus besos secarán tus lágrimas.

—¡Sí, Mariana! Es que yo no sabía... Es que yo creía...

—Vamos, Jan, riete... ¡Otra boca más que mantener!



—*Simpatiquillo, nada más que simpatiquillo.*

—¡No, Mariana, no! ¡Esto no es otra boca, sino mi boca, yo mismo! ¡Oh, sí, yo mismo, más todavía!

La vecina se había reunido con Katrina, que lloraba en silencio.

—Mírale, Katrina... Ahí tienes al huacho convertido en corderillo... Riete tú también, mujer, que hoy ha entrado en esta casa un rayo de sol.

Pero la esposa y la madre, de tanta felicidad,

lloraba sin cesar, mordiéndose nerviosamente las sábanas de la cama.

La lluvia había cesado como por ensalmo, y Jan, mostrando a su hija al cielo, que empezaba a limpiarse de nubes oscuras, dijo con orgullo y lleno de gozo:

—¡Así, alegraos todos de que mi hija haya nacido!

Y estrechando con más fuerza todavía a la criatura sobre su corazón, rumoreó con ternura infinita:

—¡Mi hija de mi alma!

SONRISAS

La niña operó un cambio radical en Jan, pero, inconscientemente, fué causa de que el enfriamiento que, ya antes de su nacimiento, existía entre sus padres, se acentuase hasta el extremo de que para el padre no había en el hogar, por decirlo así, más que la niña, que era su consuelo y su alegría.

El trabajo seguía siendo el mismo: pesado, continuo; pero, no obstante, Jan se sentía rejuvenecido, ilusionado, y todo eso se lo debía a la niña.

Katrina, lejos de lamentarse de la distancia

que había puesto su hijita entre Jan y ella, se consideraba sobradamente feliz viendo a ellos felices, y se mostraba siempre satisfecha, para no entibiar con sus quejas la dicha de sus tan queridos seres.

Muchas veces, Jan iba a trabajar solo, pues Katrina tenía que atender a la niña, y a pesar de que el aumento de labor era excesivo, agotador, encontraba suficiente compensación en la acogida que le dispensaba su hijita al volver al hogar.

La niña se llamaba Gloria. Jan no encontró un nombre más adecuado al papel que la niña representaba en su vida antes tan monótona y sin aliciente alguno. Apenas se abría la puerta de la casita y Jan asomaba su cabeza, sonriente, buscando a la niña, a la que había puesto sobre aviso de su llegada silbando a pocos pasos del hogar, las fatigas de la jornada desaparecían para dar paso al deseo de aparecer joven ante su hija y provocar su franca risa con sus juegos y sus gestos.

—¡Amor mío, gordita mía!—gritábale tendiéndole los brazos y sentándola sobre sus piernas al cerrar la puerta.

Durante los primeros tiempos fué Katrina la que depositaba a la niña en sus brazos; pero cuando Gloria empezó a sostenerse en pie, quiso Jan que perdiese el temor a andar sola acudiendo a

sus cariñosas invitaciones cuando volvía del trabajo.

Y así fué, pues si bien al principio la niña se aferraba a cualquier punto de apoyo sin que nada lograra arrancarla de allí sino a condición de ofrecerle el amparo de una mano, paulatinamente se soltó, hasta que lanzóse resueltamente a la prueba definitiva, coronando su padre su triunfo con millares de besos.

Y así fué pasando el tiempo, sin que cambiase la precaria situación económica, pero sin aspirar Jan y Katrina a nada más que a que nunca vieran desaparecer de los labios de Gloria su sonrisa, que era su vida.

Y así llegó Gloria a la adolescencia, hecha un manojo de claveles olorosos.

Los años se acusaban ya sin piedad en la cabeza de Jan, pero su corazón seguía siendo joven.

Cierta día, hallándose Gloria en plática con Augusto, el mozo más amable y apuesto del lugar, según ella, Jan le ciñó la frente con una corona confeccionada con ramas flexibles de pino y flores, y coronándose a sí mismo, dijo, riéndose como un chiquillo:

—Ahora tú eres la Emperatriz y yo soy el Emperador.

Gloria, identificándose con el importante papel,

aceptó de mil amores el juego, y preguntó a su padre, causando la hilaridad de Augusto, un pedazo de pan:

—¿Qué desea el Emperador?

Jan la contemplaba con adoración. ¡Qué linda era su hija! Y contestó, acariciándola:

—Deseo que la Emperatriz Gloria sea siempre tan buena y hermosa como ahora.

—Está bien.

—Y yo, ¿quién soy?—dijo Augusto, que no se resignaba a quedarse sin papel en la comedia.

—Tú, Augusto, eres el Príncipe... mi... no, no, quiero decir, nuestro Príncipe Rostro Amable.

—Me gusta el nombramiento...

La farsa había sido copiada de un libro de cuentos de hadas. La acción se desarrollaba en Portugallia, un imperio muy feliz, en el que bastaba pensar en algo para que resultase cierto.

Una de las vacas que Augusto llevaba a apacentar se había acercado lentamente a Gloria, quien, viéndola, y recordando uno de los episodios de la leyenda, dijo con aire triunfante:

—Montaré ahora en mi corcel, más blanco que la leche, y me lanzaré contra el enemigo.

El cabestro no protestó de su jinete, pero apenas estuvo Gloria sobre el mismo, en lo alto del camino vió a un jinete.

—¡Mirad, mirad, el Caballero Negro!

Asustada, la vaca echó a correr, y el jinete que acababa de aparecer, y que era Lars Gunnerson, el sobrino del propietario de casi todos los terrenos del lugar, acudió en auxilio de Gloria, separándola de su montura y llevándosela cogida por el tallo hacia su padre, que acudía con Augusto a reunirse con ella.

Augusto trató de apoderarse de Gloria, pero Lars no la saltó hasta que Jan los hubo alcanzado.

Hasta entonces Lars no se había fijado en Gloria, y el primer contacto con ella, hermosa y lozana, fué extraordinariamente tentador... No la olvidaría...

Jan, que conocía a Lars, agradecióle la intervención que había tenido en librar a Gloria de un peligro, pero al observar el interés con que el joven miraba a la doncella, sintió un escalofrío por todo su cuerpo e instintivamente la estrechó contra sí.

Augusto, malhumorado, se alejaba conduciendo las vacas, que se desmandaban viendo correr a su compañera, y Lars, disimulando delante de Jan la grata impresión recibida de Gloria, tan interesante en su deliciosa ingenuidad, justificaba su presencia en aquellos terrenos.

—Vengo sólo a decirles que mi tío Erico es-



...pero al observar el interés con que el joven miraba a la doncella.

perá a todos los arrendatarios en la fiesta que da esta noche para celebrar su cumpleaños.

—No faltaremos, señor Gunnerson, mi hija y yo—dijo Jan.

Casualmente, un mercader ambulante de toda clase de artículos, especialmente de uso femenino, se detuvo cerca de la casa de Jan, hasta el pie de la cual Lars había acompañado a padre e hija, no por el padre, sino por la hija.

El vendedor mostró a Jan un precioso vestido blanco, a la vista del cual quedó Gloria,

como mujer que era, deslumbrada, comparándolo con los que había llevado hasta entonces.

—Lo vendo en treinta pesos, y es regalado—dijo el comerciante.

Jan miró el vestido y miró a su hija. Por su gusto se lo compraría, pero no contaba con medios. Treinta pesos eran una verdadera fortuna para él.

—Sí, Gloria, es muy bonito, y yo quisiera...

La doncella comprendió la pena de su padre ante la imposibilidad de regalarle tan precioso vestido, y para no aumentarla con su propio pesar



—Sí, Gloria, es muy bonito, y yo quisiera...

por no poder verse vestida con él, acarició la corona de ramos de pino y flores, contentándose con esa humilde gala, y alejaronse hacia su casa, despidiéndose de Lars.

Augusto había visto también al vendedor ambulante, y deseoso de regalar algo a Gloria, mercó un cuello de encaje, no alcanzando a más sus medios, y fué a dárselo.

Los dos jóvenes apartáronse de Jan hacia el bosquecillo inmediato a la casita, y allí, sentados en el suelo, él le murmuró frases de amor, y al



... y allí, sentados en el suelo, él le murmuró frases de amor...

poner en sus manos el modesto obsequio, Gloria, contentísima, abrió, con su corazón, sus labios a Augusto, que los besó con pasión.

PERVERSIDAD

Lars, en tanto, no se había apartado de las cercanías de la casita, junto al coche del mercader ambulante; y pensando que un regalo de precio sería el mejor medio de demostrar a Gloria el interés que le inspiraba, se decidió a adquirir el vestido blanco; y dijo al vendedor:

—Me queda con el vestido que ha enseñado usted a esa muchacha, pero impongo una condición: que sea usted mismo quien se lo entregue sin que ella ni su padre sospechen que yo lo he pagado. ¿Entendido?

—La mentira es lo que me hace ganar dinero, señor. Esté usted tranquilo; no sospecharán nada.

Lars pagó el vestido, y el mercader fué a llevárselo a Gloria. Como no estaba en la casa, Jan, extrañado de que el mercader insistiese en enseñarle el vestido, la llamó, reuniéndosele inmediatamente los dos jóvenes, que acababan de prometerse que se amaban.

—¿Para qué se han hecho las galas sino para adornar a las hermosas?—dijo el vendedor—.

Hoy he tenido suerte por estos alrededores, y como este vestido, que a mí no me cuesta mucho dinero, la adornará a usted maravillosamente, hermosa niña, prefiero regalárselo a vendérselo a cualquier otro. Tómelo usted, se la doy por nada.

—Pero... —pronunció Jan.

—No quiero nada absolutamente. Le digo que se lo doy. Acéptenlo ustedes en recuerdo mío. Es casi seguro que no me verán nunca más.

Gloria, que creía estar soñando, acariciaba el vestido, y como Jan, no sospechando de la hipocresía del vendedor, aceptó que su hija se lo quedase, la alegría de ella no conoció límite, y en su atotondramiento dejó caer al suelo el cuello que Augusto, que estaba a su lado deseando que el vestido en cuestión fuese rehusado, le había regalado unos momentos antes, y que el joven recogió en vista de que, atenta solamente a admirar el valioso obsequio, Gloria lo había olvidado por completo, como si no tuviera un precio moral infinitamente superior al efectivo del vestido.

Katrina también extrañó que el mercader le hubiese regalado el vestido a Gloria, pero ignorando que pudiera tener parte en ello Lars Gunnerson, no hizo más que asociarse a la tolerancia de Jan.

Y aquella noche, Gloria tomó parte en la fiesta llamando poderosamente la atención de todos por

su incomparable hermosura y su finísimo vestido.

Augusto también estaba allí, pero Gloria, a la que Lars hizo objeto de toda clase de atenciones, le reservó un lugar secundario, torturando al noble joven vivísimos ojos viéndola bailar con el sobrino del rico propietario.

Este, Erico Gunnerson, era como un padre para todos sus arrendatarios y disfrutaba viéndolos contentos.

Jan le apreciaba como se merecía, pues más de una vez, cuando por la mala cosecha no pudo pagarle, dió el generoso prócer por satisfecha la deuda.

Rondando la vejez con ventaja sobre Jan, el compasivo rico se consideraba siempre joven, pues procuraba que todo lo que le rodeaba respirase paz, esperanza y, lo mejor del mundo, ilusión...

—¿Cuántos años cumple usted hoy, don Erico? —preguntóle Jan, que fumaba una pipa a su lado.

—Guárdeme el secreto, amigo mío: tengo apenas dieciséis.

—¿Los mismos del año pasado?

—Exactamente los mismos. El rostro es lo que cambia; el corazón, no.

—Es verdad.

—¿Tan poco se considera usted viejo, ¿verdad?

—No; a fe...

Una hermana de don Erico trajo a éste un quepis y un bastón con puño de plata, e, interrumpiéndole, le dijo:

—Aquí están las reliquias. Cuéntanos otra vez esa historia.

Don Erico cogió esos objetos y dijo a Jan:

—Usted conoce ya esa historia, amigo mío; pero, fiel a mi costumbre, la contaré como todos los años para que sirva a muchos de enseñanza y estímulo. Este quepis y este bastón son recuerdos de lealtad y de honor.

A un gesto suyo el baile cesó, y mientras todos rodeaban al noble anciano para escucharle, Augusto, separando a Gloria de Lars, que no consiguió retenerla y que no insistió demasiado en ello para no levantar recelos, alejóse con ella hacia un rincón del patio donde se celebraba la fiesta, y soltó la amargura de que estaba llena su alma.

—¿Por qué me has traído aquí? ¿Qué te pasa, Augusto?—inquirió Gloria.

—No has hecho más que bailar con Lars Gunnerson toda la noche y ni siquiera te has dignado mirarme.

—Lars baila muy bien, Augusto, y me pareció que siendo el sobrino de don Erico...

—Sí, ya comprendo; te gusta que te admiren, que te envidien bailando con el rico heredero.

—Eres muy celoso, Augusto, y si dudas de mí...

—Este maldito vestido te ha hecho perder el juicio!

—Augusto, te pones insoportable. Deja en paz mi vestido.

—¡No! ¡La vanidad te ha separado esta noche de mí!

Dejándose llevar de sus celos, Augusto desgarró furiosamente el vestido de Gloria, sin que ella pudiera evitarlo.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? ¡Oh, mi vestido!

—¡Tu vestido! ¡Te importa más tu vestido que mi corazón! ¡Te importa más Lars que un pobreton como yo! ¡No creas que no me doy cuenta!

Una tormenta, que todos presagiaban pero que ninguno descaba se convirtiese en realidad, se desencadenó sobre la fiesta, sembrando la confusión. Los invitados refugiáronse en la casa, haciendo lo propio, después de disputarse violentamente, Gloria y Augusto.

Los caballos de don Erico, asustados, destruyeron la empalizada del cortijo, echando a correr a campo traviesa.

Don Erico, seguido de Jan y Lars, persiguió a los caballos, para devolverlos a su encierro; pero la furia de los elementos derribó un árbol y el rico propietario tuvo la desgracia de ser aplastado por el corpulento tronco.

Jan lanzó un grito de horror y Lars quedó paralizado por el imprevisto suceso.

El primero inclinóse hacia su amigo y viendo que aun respiraba, confió en salvarle.

—Ayúdeme usted, Lars, a levantar este peso que amenaza quitar la vida a su tío—dijo Jan al sobrino.

—Es inútil intentarlo—contestó Lars—. Lo mejor es que vaya a pedir auxilio, para ganar tiempo.

—¡Corra usted, pues, corra todo lo que pueda, o será demasiado tarde!

Una idea infame había atravesado por la mente de Lars. Si su tío muriese, su fortuna, cuantiosa, pasaría a sus manos. Jan, al verle partir, sin precipitarse, comprendió el criminal deseo, y esforzose, inútilmente, en salvar al pobre viejo.

Paso a paso, Lars fué a buscar socorro... pero al regresar, su tío había muerto. El médico que se unió a los hombres que acudieron a salvarle, dijo con desaliento:

—Es inútil cuanto se haga. Ya no hay remedio. Hemos llegado unos minutos demasiado tarde.

Jan se mordió los puños, mirando con reproche a Lars, mas éste, sosteniendo friamente su mirada, le dió a entender que nada, ni él mismo, podía acusarle.

DOLOR

Lars Gunnarson, heredero de los bienes de su tío, de los que sólo una parte en metálico correspondió a la hermana del difunto, rica ya por herencia paterna y de su difunto marido, vió con gran satisfacción llegado el momento de saciar el apetito que había despertado en sus bajos instintos la singular belleza de Gloria. Las deudas impagadas por Jan, y que don Erico dió por satisfechas, pero que figuraban en los libros de cuentas del propietario como por saldar, por imprevisión suya, sería el punto de partida de su triunfo.

Unos días, pocos, después de la muerte de su tío, se presentó en casa de Jan con un abogado.

Los dos viejos, requeridos a escuchar al letrado, presintieron una calamidad.

Gloria, que se sentó al lado de sus padres, no participaba de los recelos de éstos, confiando en la simpatía que le había demostrado Lars desde que se trataban.

El inhumano heredero de don Erico expuso friamente el motivo de su visita.

—Mi difunto tío pecaba de bondadoso con los arrendatarios y habría acabado por arruinarse. Por eso he encargado a un abogado la adminis-

tración de mi hacienda. El señor dirá a usted lo que tiene que decirle respecto a ciertos atrasos...

Las manos de Gloria, que estaban unidas a las de sus viejos, sintieron el temblor que agitaba a éstos, y, a su vez, ella empezó a sentir inquietud.



Las manos de Gloria, que estaban unidas a las de sus viejos, sintieron el temblor que agitaba a éstos y, a su vez, ella empezó a sentir inquietud.

El abogado hizo de la palabra al terminar su presentación su cliente.

—Hay que poner en orden las cuentas, y es preciso que pague usted, señor, los trescientos pe-

ses que, cerrados su debe y haber, arroja el saldo a favor de mi administrado aquí presente.

—Pero, señor abogado, don Erico se hizo cargo de mi situación...

La cuenta no está liquidada, señor; lo que demuestra que don Erico confiaba cobrar su crédito.

—No me es posible pagar... No tengo ese dinero, ni ninguno. La tierra que tengo arrendada no produce más que lo justo para pagar lo corriente... No me puedo comprometer a abonar lo atrasado...

—Usted verá lo que ha de hacer...

—¿Nos echarán...?

—No queremos llevar las cosas a tal extremo... al menos por ahora. No le quitaremos a usted la tierra, pero ha de pagar esos trescientos pesos el primero de octubre a más tardar.

Gloria, que había escuchado sin llegar a comprender cómo era posible que Lars se revelase tan desconsiderado y exigente con los viejos amigos de su tío, al que, moralmente, no debían nada, levantóse y se aproximó al heredero, exclamando tristemente:

—¡Trescientos pesos! ¡Ay, señor Gunnerson! ¿De dónde quiere usted que saque mi padre todo ese dinero?

Lars se separó de todos, desapareciendo hacia

una habitación inmediata al comedor donde se hallaban reunidos, al objeto de que Gloria le siguiese.

Gloria fué a su encuentro, dispuesta a suplicarle que tuviese piedad para ellos, y atajándola a las pocas palabras, Lars le dijo:

—Todo se arreglará, Gloria, todo se arreglará... si usted está dispuesta a ayudar a su padre.

La muchacha creyóse salvada, pero al intentar Lars abrazarla, comprendió la compensación que exigía; y apartándole con dignidad, renegóse con sus padres, asqueada del miserable hipócrita.

Katrina y Jan habían estado esperando impacientemente a Gloria, temiendo instintivamente a Lars, y sus sospechas hallaron confirmación en la actitud de la hija, que dijo a su padre, procurando tranquilizarle:

—No te preocupes, papá: yo tengo ya edad para trabajar y me iré a servir a la ciudad a fin de ayudarle con lo que gane.

—¿Marcharte tú? ¡No, no!—protestó Jan.

—¡Hija mía!—exclamó la madre.

—Sí; ha de ser. No hay otra solución, o nos echarán.

—Pero...

—¿Quién nos ayudará? Nadie, ¿verdad? Pues no hay tiempo que perder. El primero de octubre estaré aquí de vuelta y con el dinero. Ya ves,

padre, son seis meses los que faltan y Dios ha de permitir que gane bastante en todo ese tiempo.

Jan estaba anonadado. En otras circunstancias habríase negado rotundamente a que su hija le hablase de partir, para trabajar para ellos, pero ante la aplastante realidad de que dentro de seis meses tenía que haber reunido los trescientos pesos para que no se vieran en la calle y en la más espantosa miseria, sin saber a dónde acudir, le había vencido, había puesto un freno a su voluntad.

Y a la par que sentía que se resignaba, pues no había otro camino, decíase sin consuelo:

—¡Seis meses, seis meses sin verla!

Le parecía imposible que ello pudiera ser.

Pero tenía que ser.

La partida fué decidida para unos días después, aprovechando la salida del vapor que cruzaba el río una vez a la semana.

Y ese día llegó.

Jan se esforzaba por aparecer animoso, pero no lo conseguía, y todos los rincones eran testigos de su atroz amargura esperando la hora fatal.

Durante diez y ocho años Gloria había sido la alegría de su casa, paz de su corazón, regocijo de su alma... ¡y ahora tenía que alejarse de su lado!

Katrina, que con un esfuerzo de voluntad supre-

no contenía su tristeza para no numentar la de Jan, no se separó, durante las últimas horas, un solo momento de su hija, convirtiéndose en su perriño, dándole consejos, cubriéndola de caricias, haciéndosela un poco más suya que hasta entonces, a causa del egoísmo del padre.

Cuando salieron de la casita, los dos viejos iban cogidos de la mano de Gloria, y sólo ella habló en el camino.

Al llegar al muelle, la muchacha despidióse de algunos amigos, no separándose su madre de su lado, pero sí Jan, que aprovechó esa coyuntura para ocultarse detrás de unos montones de mercancías que estaban cargando en el vapor, donde nadie le viera llorar.

¡Pobres viejos! ¡Pobre Jan!

Augusto también estaba allí, atrechando la ocasión de llamar a Gloria, pues no quería que se marchase enemistada con él.

Al verle, Gloria acudió a su llamada, y Augusto, emocionado, la miró a los ojos y murmuró no osando ya mirarla:

—Perdóname lo que hice aquella noche, Gloria; no me guardes rencor. Fueron los celos... los malditos celos... porque yo te quería mucho... y te quiero... y te querré siempre...

—No te entristezcas, Augusto... ¿Cómo he de guardarte rencor?

—¡Ya sabía yo que me perdonarías! ¡Eres tan buena!... Pero no he venido sólo para reconciliarme, sino para suplicarte que no te vayas. Sí, Gloria. Yo trabajaré día y noche para reunir el dinero que se necesita, pero quédate, quédate...

—¿Por qué no le de poder trabajar yo también? No te preocupes; el primero de octubre estaré de regreso.

—Te esperaré contando los días...

—Gracias, Augusto...

—¿Me das un beso?

—Sí, pobrecito Augusto...

—¡Oh, Gloria...!

—Vamos, no hay que ponerse así. No quiero verte llorar. ¡Ea, quiero que me despidas sonriente! ¡Adiós!

Bruscamente Gloria separóse de Augusto, para evitar que le imitase en su dolor, y reunióse con su madre.

La sirena del vapor anunciaba que iba a levar anclas, y Jan, enjugándose presurosamente las lágrimas, salió de su aislamiento, dirigiéndose al encuentro de su esposa e hija.

Gloria cogió una mano de cada afortunado viejo y las juntó ante la extrañeza de ellos.

—No os pongáis tristes y tratad de consoláros para que yo pueda sentirme tranquila—les dijo.

ocultando con una forzada sonrisa su propia emoción en tan crítico momento.



—No os pongáis tristes y tratad de consolarnos...

La sirena del vapor volvió a rasgar el aire con su potente voz, y Gloria, abrazando con necesaria precipitación a sus padres, saltó a la pasarela, siguiéndola sus viejos con los ojos, inmóviles como figuras de piedra en el muelle, fija la atención y la piedad de sus amistades en ellos.

El vapor se puso en movimiento y pronto se le vió en el centro del río, a punto de desaparecer detrás de unas peñas.

Los dos viejos, que no despegaron las manos que había juntado la hija que se iba, repetían temblorosamente su triste adiós, contestándoles ella desde cubierta agitando un albo pañuelo... que una y otras veces más se llevó a los ojos...



...repetían temblorosamente su triste adiós...

El regreso al hogar fué silencioso, muy silencioso, pero las manos, con sus apretones que parecían latidos de su corazón adigido, se hablaban elocuentemente.

Ya otra vez en la casa, Jan no pudo más y dejóse caer pesadamente sobre una silla. Despo-

jóse con trabajos del levitón que sólo se vestía en las grandes solemnidades, y Katrina, procurando pasar desapercibida, apoderóse de la prenda y la fué a colgar, con el sombrero, provisionalmente, en una percha.

Jan, decaído, como enfermo, quitóse el cuello; y abandonándose cada vez más a su dolor, explotó, finalmente, en desesperados sollozos.



Jan, decaído, como enfermo, quitóse el cuello...

El hada silenciosa del hogar sentóse a su lado y su corazón vertió toda su ternura para consolar al pobre compañero.

—Jan, no llores de esa manera... Nuestra hija volverá... Sé razonable...

—Es que siento una pena tan grande, Katrina, que necesitaba desahogarme... Nuestra pobre Gloria ya no está aquí... No la veremos durante seis meses... ¿Sabes tú lo que son seis largos, interminables meses?... Nuestra niña tan buena... con sus mimos tan cariñosos...

—Sí, Jan, sí... Ella te quiere mucho, mucho...

Y a ti también, Katrina... Tú eres su madre... Quizá haya querido yo tenerla demasiado junto a mí y te haya privado de sentirla más inclinada a ti... Tú me comprendes, ¿verdad, Katrina?... Hoy he pensado en muchas cosas... Ahora que no tengo a nadie más que a ti, que ella ha tenido que abandonarnos, reconozco que tú has sido siempre muy buena... que yo no he salido agradecerte nunca tu abnegación... tu amor... tus sufrimientos... Pero ¿ves? ella ha sido quien ha hecho el milagro de que cayera de mis ojos la venda que me impedía ver tus virtudes...

—No, Jan, yo no tengo queja de ti...

—Sí, Katrina, no lo niegues... Yo no quería esa hija y tú me la diste para que me hiciera feliz... Debía haberte pagado con creces esa bondad de tu alma y, por el contrario, te demostré en todo momento un pronunciado desvío... Pero

ahora... ahora... necesitamos estar unidos... ella nos lo ha dicho... y tiene razón... Ya no lloro... Y tú tampoco debes llorar... Así... Deja que seque tus lágrimas... Hace mucho tiempo que no



—No, Jan, no, yo no tengo queja de ti.

estábamos tan cerca el uno del otro... Tus lágrimas me hacen daño, Katrina... No quiero que llores... Mirame a mí... Mis ojos están alegres buscando alegría en los tuyos... No, no debemos llorar... No llores, mujer, no llores...

—No, Jan... ya no... pero ¿y tú, por qué lloras otra vez?

—¡Me has besado, Katrina, y ese beso no me lo merezco! ¡Oh, mi pobre Katrina, qué pena tengo aquí dentro!

El vapor seguía adelante, llevando en su seno a una ingenua doncella y, sin que ella pudiera sospecharlo, a Lars Gunnarson, el hombre sin alma que estaba dispuesto a llegar a la meta de sus ansias respecto a la clara belleza de la infeliz...

Un amigo de Lars, conocido de Gloria, invitóla, a la hora de la comida, a sentarse a su mesa, lo cual hizo la joven sin recelo alguno.

En la mesa había un sitio inocupado y un cubierto puesto.

—¿Ha de venir alguien?—preguntó Gloria.

Una voz conocida le dirigió un saludo detrás suyo. Era Lars. Al verle, Gloria no pudo reprimir un sobresalto. ¿Por qué estaba allí aquel hombre?

Lars sentóse a su lado, y con palabras hipócritas procuró ganar la confianza de la codiciada moquita.

—No tema usted nada... Yo, con mis buenas relaciones, puedo ayudar a usted mucho en la ciudad... Ya verá... ya verá... y si sigue mis consejos, el primero de octubre habrá reunido usted los pesos que su padre debe pagarme.



—No tema usted nada... Yo, con mis buenas relaciones, puedo ayudar a usted mucho en la ciudad...

Y Gloria, que era buena y no conocía la maldad ajena tal como era, se decía que, tal vez, Luis no era tan malo como se había figurado...

LA HISTORIA DE MUCHAS...

Los pobres viejos recibieron, primero, algunas cartas lacónicas que muy poco o nada decían de Gloria, limitándose a manifestarles que no habían de preocuparse, que ella conseguiría el di-

nero. Pero, después, faltaron las cartas... Y cuando, al fin, llegó ese anhelado primer día de octubre, la ansiedad de los padres abandonados era comparable solamente a la angustia que se experimenta delante de un ser querido que se está muriendo. Porque el caso de Gloria tenía cierta analogía con nuestra comparación. Era como un enfermo que estuviese entre la salvación y el silencio...

¿Volvería?

Jan se paseaba nerviosamente por su casa, contemplándole, sin que él lo notase, su siempre resignada esposa.

—Ella prometió que volvería hoy, y volverá— decía el pobre viejo.

Katrina sabía que no llegaría y buscaba una ocasión propicia para decirselo a Jan. Al fin se decidió a hacerlo.

—En el vapor no llegó. De modo que...

Jan no se daba por vencido.

—Deberá venir en el tren, o, tal vez por la carretera.

Un gesto de desaliento de Katrina era prueba elocuente de que sus temores de madre no la engañaban. No, Gloria no volvería.

De súbito oyóse el paso de un carruaje por el camino, y su detención frente a la casita. Jan dió un grito y salió a recibir a su hija.

Pero no era ella, sino Lars. ¡Ah! Venía a cobrar, claro. ¿Qué decirle?

—Buenos días—dijo el que acababa de llegar, a Jan.

—Buenos días, señor Gunnerson. No creí que viniera usted tan puntualmente... Gloria se ha retrasado un poco, pero llegará hoy con el dinero.

—No es fácil... La casa está ya pagada y pertenece a ustedes. He venido para entregarle el documento de propiedad.

—Pero...

—Gloria la pagó, es decir, mandó el dinero.

Habían entrado en la casa. Katrina, que se resistía a creer en sus sospechas, miraba atentamente a Jan y a Lars.

El pobre viejo se desesperaba. Por un momento, cuando estaba fuera de la casa, cogió a Lars por las solapas de la americana y le preguntó, al cruzar, fugazmente, una idea por su cerebro:

—Pero ¿dónde está Gloria? ¿Dónde puede estar?

Lars hizo saltar las manos del viejo aferradas a la prenda, y se encogió de hombros.

De nuevo, Jan, encorvado bajo el peso de su amargura, murmuraba:

—¿Dónde está, Dios mío, dónde está?

Lars seguía allí, sin inmutarse ante el dolor

de los viejos, y Jan preguntóle en tono de súplica y con cierta exigencia a la vez:

—¿Qué le decía Gloria a usted en esa carta que le escribió? ¿Dónde está? ¿Por qué no ha llegado?

—No me decía nada. Preguntábame el precio de la casa. Se lo di. Mandóme el dinero a vuelta de correo; y nada más. Conque, ya lo saben ustedes. Desde este momento son ustedes propietarios. No está mal... como principio... ¿no les parece?

Jan y Katrina no pudieron despegar su lengua para pedir una explicación de las palabras de Lars. Eran ingenuos, pero su ingenuidad, como la de mucha gente, ante un gran dolor, es como la llave del cofre de la luz, que alumbra o mata.

Y en su mutismo y su desconcierto atroz, los viejos buscaron el mutuo amparo de sus brazos...

AMOR DE PADRE

Jan, no pudiendo resignarse a perder la fe en su hija, la aguardaba en cada vapor que cruzaba el río; y así fueron pasando semanas, meses, años, hasta que la constante inquietud y el anhelo, cada vez más vivo, de ver a esa hija adorada le minaron la salud y le perturbaron la razón.

Los pasajeros que desembarcaban en el lugar se apiadaban del pobre viejo, que los saludaba a todos, buscando entre ellos a Gloria, no descubriéndola nunca.



... y así fueron pasando semanas, meses, años...

Katrina, no siendo su pena inferior a la de Jan, sabía callarla y, tal vez, resultaba más horrible sin la fe que seguía guardando el pobre compañero.

Augusto esperaba también el regreso de Gloria. No había cesado de pensar en ella, y lo que pudiera ser, allá en la ciudad, no había causado

mella, no por piedad, sino por cariño, en su corazón.

Jan y Augusto se querían como padre e hijo, y el motivo de sus conversaciones era siempre el mismo: Gloria, la niña desaparecida pero que debía volver.

Un día, asistiendo a la llegada del vapor, como de costumbre, Jan, no viendo tampoco a su hija, dijo a Augusto, que estaba a su lado:

—Vendrá sin falta en el vapor que llegará el sábado; ¿verdad que sí, Augusto?

Varios vecinos, compadecidos de Jan, le escuchaban expresarse con tanta adoración por su hija, y Lars, que también estaba allí, cansóse ya de oírle, y comentó:

—Descaro necesitarla ella para presentarse aquí; el pobre viejo es el único que ignora los rumores que corren por todo el pueblo.

Jan oyó a Lars, y levantando sobre su cabeza el bastón en que apoyaba sus dolores, hizo además de descargárselo; pero arrepintiéndose en el acto de su gesto, sonrió y dijo a todos:

—Gloria está muy por encima de cualquier calumnias; no hay en el mundo mujer más pura ni más buena ni más noble que ella, ¿verdad, Augusto? Diles tú lo mismo, muchacho. Diles que Gloria es nada menos que Emperatriz.

Lars pretendió seguir haciendo sus comentarios,

en los que había mezcla de rencor, del que nadie sospechaba el motivo; pero desistió de ello para que su murmuración no fuese como esas armas que se vuelven contra quien quiere dispararlas sobre los hombres.

La tía de Lars, que había recriminado la conducta de su sobrino, y que había cesado sus tratos con él, por no ser digno continuador de don Erico, el padre de sus arrendatarios, adelantóse a Jan y, entregándole el quepis y el bastón que en tan alta estima tenía el difunto, le dijo llena de emoción:

—Quiero que conserve usted esto; le oí decir siempre a Erico que estas reliquias habían de quedar en manos de un hombre honrado y capaz de confiar en los demás.

Al hablar de ese modo miraba fijamente a Lars, que bajó su vista al suelo.

Desde ese día, Jan costóse el pecho del abrigo de medallas e insignias, y paseábase por el pueblo con el quepis y el bastón, como un magnate.

La locura se iba filtrando de día en día en su espíritu, y los chiquillos se divertían con él siguiéndole a todas partes. Y Jan también se reía con ellos... pero algunas veces habían dicho los muchachos en sus casas que le vieran llorar...

Algo de las habillitas que con respecto a Gloria circulaban llegó a los oídos de la pobre madre,

y ello, la publicidad dada a la triste historia de su hija, le fué llenando la cabeza de canas y el corazón de angustioso temor al pensar en que a su hija se le ocurriera volver al pueblo.

Pasó algún tiempo, y una tarde, mientras Katrina hilaba en el hogar, un carruaje se detuvo, como antes el de Lars, frente a la casita.

¿Quién era? ¿Acaso Jan, conducido por algún piadoso vecino, encontrado en mal estado en alguna parte?

Antes de que Katrina pudiese ir a ver quién llegaba abrióse la puerta de la casa y apareció en el marco de la misma, ricamente vestida, Gloria, con la sonrisa, no la de antaño, en los labios.

La madre creyó no poder resistir aquel golpe dado bruscamente en su corazón, y sin saber la actitud que debía tomar, esperó a que su hija obrase como quisiera. ¡Era su hija! ¡Su Gloria!

—¡Madre mía!—exclamó la "gran señora", arrojándose en los brazos de la anciana, que la recibió en ellos convulsa y sollozando.

—¡Hija, hija!

Estrecháronse fuertes, muy fuertes; y pasado el primer momento, Katrina, sin dejar de mirar a su hija, sentóse con abatimiento, y Gloria arrojóse a sus pies, sacudiéndole, acariciándola con frenesí.

—He tardado, pero he vuelto, madre. No podía privarme por más tiempo del placer de verte. ¡No te he olvidado nunca! ¿No te ale-



—He tardado, pero he vuelto, madre. No podía privarme por más tiempo del placer de verte.

gras?... ¡Oh, mi pobrecita madre! ¡Cuánto habrás sufrido! ¡Cuánto debiste pensar en mí! Pero, ahora, vamos a ser felices. No quiero que trabajes más. ¡Fuera este trasto! ¡Así! ¿ves? ¡Se acabaron las penas y las necesidades en esta casa! Con lo que tengo hay de sobra para que vivamos descansados.

Katrina escuchaba a su hija sin atreverse a interrumpirla, fijos sus ojos en ella en amarga interrogación.

—Ya sé, madre, lo que todos pensáis de mí... Pero había que conseguir el dinero... y lo conseguí... como pude. ¡Bah! Olvidáremos... Necesito hacerlo... Y para ello estoy dispuesta a sufrirlo todo y a sentir que me despreciáis, con tal de estar a vuestro lado.

El corazón de Katrina desbordaba de dicha y amargura a un tiempo.

—No debías volver aquí—pudo, haciendo un gran esfuerzo, decirle.

—Pero ¿me lo dices de veras, madre mía?

—Me muero de angustia sólo al pensar en lo que ocurrirá cuando tu padre te vea.

—¡Mi padre! ¡Mi pobre padre! ¡Oh, pobrecito! No hay nada que yo no esté dispuesta a hacer por él.

—¡Si supieras el daño que le has hecho, Gloria! ¡Has sido mala, hija! ¡El no merece que le hicieras sufrir tanto!

—Tienes razón, madre. Háblame así. ¡Pégame! ¡Sé que lo merezco todo! ¡Ah, si hubiera tenido entonces la experiencia de hoy!

En el camino, cerca de la casa, un viejo y unos chiquillos cantaban a todo pulmón. El rumor de las voces llamó la atención de Gloria, que,

acercándose a la puerta, contempló a los que llegaban, y riéndose al ver al viejo que llevaba la batuta, sirviéndole de tal un bastón, dijo a su madre, que contemplaba asimismo la escena, con los ojos humedecidos y el corazón encogido:

—¿Quién es ese viejo tan estrafalario?

Katrina no contestó. No pudo contestar. Ahogó un sollozo en su pecho, jadeante, roto...

Volaban las notas de la canción:

*... Y la graciosa Emperatriz
de ojos serenos como el cielo
está feliz, querido abuelo,
¡está feliz! ¡está feliz!*

El viejo llegó hasta el umbral de su casa. Gloria había retrocedido hasta su madre. Su corazón parecía haber cesado de latir. ¿Quién era aquel viejo? ¿Quién era, sí? ¿Su padre? ¿Su padre aquel pobre hombre, objeto de la burla de todos? ¡Oh, no, no, no, no! ¡No podía ser! ¡No era posible que ella hubiese causado tanto pesar a su padre! ¡No era posible! ¡Maldita, maldita mil veces si fuera verdad que ese hombre era su padre!

Jan iba a entrar cantando en su casa, corriendo los chiquillos, pero al ver a Gloria detuvo

instantáneamente en la puerta, como si tuviera una visión.

Los chiquillos seguían gritando, pero apartándose, cerró la puerta en las narices, y a medida que Gloria se encogía más y más junto a su madre, como buscando su amparo, el pobre viejo se acercaba lentamente hacia la visión adorada, y al llegar junto a ella, temblando los labios y lagrimeando sus ojos, cayó de hinojos a sus pies y besó el borde de sus ropas, diciéndole alzando su vista hasta la suya:

—¡Sea bien venida mi Emperatriz a la que he aguardado durante tantos años!

La sublimidad de Jan conmovió a Katrina, que hubo de apartarse a un rincón para romper su amargura, y Gloria, maldiciéndose por lo infame que había sido, atrajo a su padre contra sí, fundiéndose ambos en apasionado abrazo.

¡No! ¡Ella no era digna de un amor tan grande como el que le había reservado siempre su padre en su corazón! ¡Quería morir! ¡El castigo de su maldad era demasiado cruel siendo tan hermoso el rasgo del ofendido!

Pero Jan era feliz, muy feliz.

—Estaba seguro de que al volver serías la misma: un dechado de hermosura y de virtudes.

¡Oh, Señor! ¡Señor! ¡Dios Omnipotente! ¿Por qué ella había sido tan miserable?

Jan la empujó hacia fuera, llevándola hacia el bosque donde, antaño, él la nombrara Emperatriz, y confeccionando hábilmente y en pocos momentos una corona con ramas de pino, la coronó de nuevo, dichoso como entonces. Y muy pegadito a ella, le decía:

—¿Te acuerdas de lo que nos divertíamos cuando imaginábamos estar en Portugal, aquel país en el que bastaba pensar en algo para que fuera cierto?

El arrepentimiento impedía hablar a Gloria.

—¡Qué felices fuimos entonces! Y hemos de serlo ahora también, porque tú continúas siendo mi Emperatriz.

Por toda respuesta, Gloria depositó un beso, el mejor de su vida, por el que entregaba toda su alma a su generoso viejo, en los pálidos labios del hombre que maltrató sin saber lo que hacía.

Numerosos vecinos acudieron a las cercanías de la casita de Jan para ver a Gloria, de cuyo regreso se habían enterado rápidamente. Al verles, Jan fué a su encuentro y les dijo, encantado:

—Ya sé a lo que vienen ustedes: a darle la bienvenida a mi Emperatriz. Muchas gracias. Y ya que la tenemos aquí, nos estrofaremos todos en hacerla muy dichosa. Los músicos de la Corte no tardarán en volver, a fin de que el recibimiento sea completo.

Jan alejóse de todos, como si ejecutase un plan premeditado, y durante su ausencia, los vecinos, en su mayoría mujeres con niños, se dirigieron hostilmente a Gloria, diciéndole:



Por toda respuesta, Gloria depositó un beso, el mejor de su vida, en los pálidos labios del hombre que maltrató...

—Hemos venido a decirle que no queremos, aquí, mujeres como usted. ¡Se marchará usted en el buque que sale hoy!

Augusto, que también se había enterado de la llegada de Gloria, acudió a ampararla. Entraron

en la casita y hablaron a solas, pues Katrina, en una habitación interior, lloraba sin consuelo, previendo lo que sucedería.

Al comprender Gloria que Augusto la perdonaba, tuvo un gesto de protesta.

—No hace falta que me tengas lástima. Lo que esas gentes piensen y digan de mí no me da frío ni calor.

Augusto apresó entre las suyas una mano de la infeliz, y sinceróse honradamente.

—No sabes que no he dejado de amarte ni por un solo instante? ¡Gloria, Gloria de mi alma, déjame que te sirva de sostén y amparo!

Los ojos de la sin ventura adquirieron expresión de asombro indescriptible.

—¿Amarme tú a mí? Mira, preferiría cien veces que me hubieras dicho que me odias... pero eso de que me amas da risa, sí, una risa atroz... ¡Ja, ja, ja!

—No, Gloria, no... Es que te quiero... y te querré siempre... Una vez te lo prometí y mi corazón ha sabido cumplir su promesa.

—¡Vete, vete, no me hagas reír! ¡Ja, ja, ja!

Augusto hubo de dejarla sola, y apenas le vió fuera de la casa, su risa, nerviosa y dolorosa, trocóse en desesperado llanto.

Katrina se reunió con ella, y Gloria, al ver

que recogía el "trasto" de hilar que arrinconara, comprendió lo que debía hacer.

—Está bien, madre mía, me irá... sí, vámonos todos de aquí. En la ciudad hay médicos muy buenos; tal vez pueda curar a mi padre.

—¿Y para qué?—respondió Katrina—. ¿Para que el pobrecito de mi alma se dé cuenta... de todo? Dios tuvo compasión de él y le hizo perder el juicio para aborrrarle esa pena tan grande, ¡porque tú eras su adoración, Gloria!

—Es verdad, tendré que irme... sola... Pero ¡qué pena siento, madre mía... qué pena!

Jan regresó un poco después al grupo que formaban los vecinos cuyas voces de que Gloria abandonase el pueblo eran cada vez más enérgicas, más exigentes. Lars estaba confundido en el grupo.

—¿Qué quieren ustedes, gente impía? ¿Que mi hija se marche? Pero ¿no ven ustedes que la empujan a la perdición?

—Ella es un mal ejemplo para nuestras hijas—dijo una mujer.

—Sus vecinos tienen razón, Jan... Tienen hijas y Gloria no debe permanecer un minuto más aquí—dijo Lars.

Jan, al oírle, hundió sus dedos en las solapas de la americana de Lars, y éste oyó una amenaza que le hizo estremecer:

—¡Para usted, farsante, no ha de haber piedad!

¡Tiemble, porque el castigo está cercano y nada podrá librarlo de él!

Augusto procuraba calmar a los vecinos, y Jan, al verle, acudió a él para que se pusiera de su parte para luchar contra todos, a fin de que Gloria no fuese echada del pueblo.

Pero fué todo inútil.

Jan y Augusto, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, entraron en la casita, para estar junto a Gloria y protegerla, pero al mismo tiempo ella salía por otra puerta, y dejando en las manos de su madre, que parecía dormir despierta, un puñado de billetes.

Los vecinos, al ver a la mala hija, la persiguieron un trecho, arrojándole piedras, una de las cuales la hirió en una sien.

La sirena del vapor avisaba que estaba próximo a partir de nuevo, y Gloria corría hacia el embarcadero huyendo de las iras del pueblo y acercándose al camino de su definitiva perdición.

Jan, al encontrar a Katrina sola y con el dinero en las manos, comprendió la triste verdad.

—¿Qué es esto? ¿Se ha marchado? ¿La has dejado partir? ¡Oh, Augusto, corramos, corramos!

Salió Jan como un loco con ansia de detener a su hija al borde de la desesperación, y Katrina,

rota de dolor desplomóse al suelo, quedando Augusto en la casa para recobrarla.

La sirena del vapor chillaba sin cesar, enloqueciendo más todavía al pobre Jan, que gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Gloria! ¡Gloria, no te vayas! ¡Gloria, vuelvo a mí! ¡Oh, Gloria!

Pero llegó tarde al muelle. El vapor acababa de zarpar, y sobre cubierta Gloria había visto al odiado Lars, su cínico perseguidor, el causante de su desgracia, que, rencoroso por no haber podido satisfacer el deseo que ella había despertado desde hacía años, pues Gloria no quiso jamás dar oídos a sus anhelos, prefiriendo entregarse a otros, para humillarle y vengarse de cierto modo de él, creía llegado el momento de conseguir lo que no pudo lograr nunca, basándose su esperanza en la suposición de que Gloria comprendería, al fin, que le interesaba acceder a sus pretensiones para que su influencia en el pueblo le permitiese regresar al lado de sus padres.

Pero Gloria no parecía dispuesta a escuchar nunca a Lars, y separándose despectivamente de él, dió lugar a que el libertino subiera al puente de popa, de cara al pueblo, para que le viera Jan, pues le acababa de apercibir acercándose al muelle a todo correr.

Pero ocurrió que Jan, queriendo a toda costa

alcanzar el buque, cayó al agua, y que el vapor, al detenerse repentinamente para retroceder, a fin de salvar al pobre viejo, Lars, por efecto de la violenta sacudida producida por la rápida detención, perdió el equilibrio y también cayó al agua, no llegando a tiempo los auxilios para el uno ni para el otro naufragos.

Y sobre el agua flotaban, como emblema de hualdad y honor, el quepis y el bastón del pobre Jan.

* * *

Gloria no se separó de su pobre madre.

Para redimirse del pasado, renunció en favor de los pobres del pueblo a todo su dinero y a todas sus joyas.

El notario, que fué buen amigo de Jan, la alentó a encontrar en una nueva vida de paz y trabajo la felicidad de que se había hecho digna con su arrepentimiento, y en un escrito que añadió a sus Memorias, puso de manifiesto el amor sublime de Jan hacia su hija, negando que fuera loco como todos creían, y ensaltecendo su frígida locura, que no tenía otro objeto que conquistar para la pecadora, por piedad para él, el perdón de todos...

Y algún tiempo después, Augusto ponía sobre el cuello del vestido sencilla y oloroso de Gloria, que trabajaba con él en el campo, el encaje que le regalara años atrás y que había conservado siempre como reliquia de amor.

Y ella, al ver el sencillo obsequio, miró a Augusto con la sonrisa de antaño... y su mirada era una promesa de fidelidad para siempre... en santa unión.

COLECCION USTED LOS
SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la
mujer. — El prisionero de Zenda. — El
joven Medardo. — Los enemigos de la
mujer. — Una mujer de París. — El Corsario.
— Para toda la vida. — Cyrano de
Bergerac. — De mujer a mujer. — La Her-
mana Blanca. — El milagro de los lobos.
— ¡París...! — Venganza de mujer.

Precio de cada libro: **UNA PESETA**

Teresa de Uberalles. — Maciste, Empe-
rador. — Liria entre espinas. — El que
recibe el bofetón. — Rómulo. — Janice
Meradith. — El Fantasma de la Ópera.
El trono vacante. — El Caid. — Madame
Sans-Gêne. — América. — Cuando las
mujeres aman. — El Capitán Blood. Más
fuertes que su amor. — Ella. — Dema-
siadas mujeres. — Nobleza baturra. — Ce-
nizas de odio. — El Rajá de Dharmagar.
El difunto Matías Pascal. — La marca de
fuego. — Los hijos de nadie. — Pesca-
dor de Islandia. — La octava esposa de
Barba-Azul. — El beso de la victoria. — El
Proceso de Nancy Preston. — Justicia gi-
tana. — La "Poupée" de París. — El Abeni-
oo de Lady Windermere. — ¡Por la Patria!
Amor de Padre

Precio: **50 cts.**

Próximo número: La novela dedicada al bene-
mérito Cuerpo de Correos, **EL ASALTO AL
AMBULANTE DE CORREOS**. Asunto dra-
mático de palpante realidad

Requisitos: Arde todo - Por 50 cts.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡Sea usted coleccionista de Los Grandes Films!